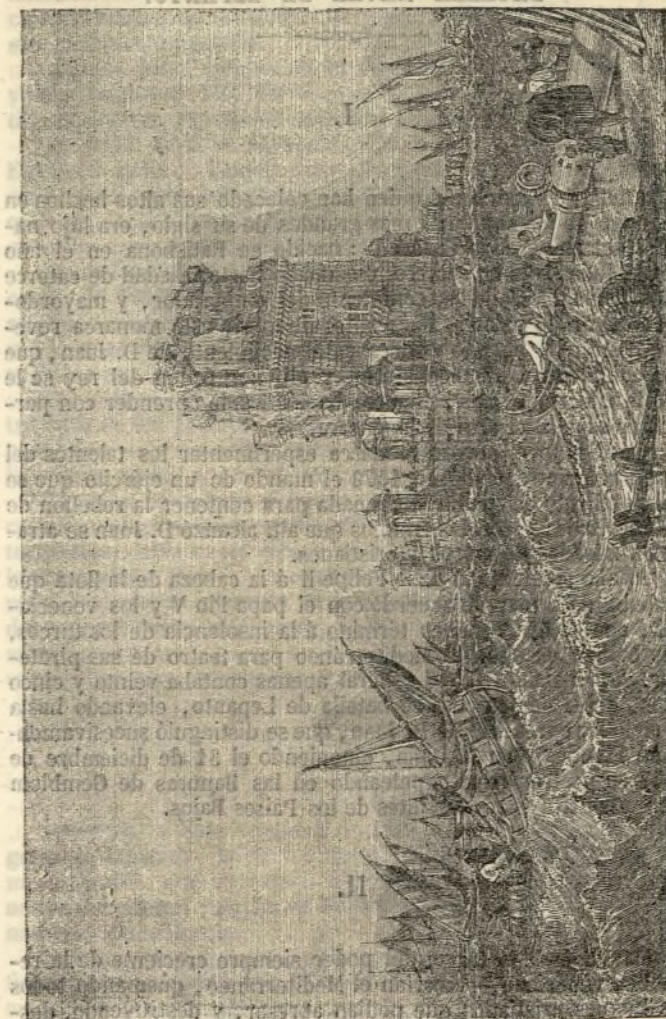


BATALLA NAVAL DE LEPANTO.



Vista del castillo de Corinto.

Los señores cristianos que salieron del puerto de Alejandría a principios del mes de octubre del año 1571, por las posesiones de la aldea república.

BATALLA NAVAL DE LEPANTO.

I.

D. Juan de Austria, á quien han colocado sus altos hechos en el rango de los capitanes mas grandes de su siglo, era hijo natural del emperador Carlos V. : nacido en Ratisbona en el año 1546, fué criado en secreto, y educado hasta la edad de catorce años por Luis Quijada, confidente del emperador, y mayordomo mayor de palacio. Poco antes de morir este monarca reveló á Felipe II, su hijo y sucesor, el nacimiento de D. Juan, que fué confinado á un monasterio, y allí por orden del rey se le dió la educacion mas brillante, haciéndosele aprender con particular esmero el arte de la guerra.

Queriendo el severo monarca experimentar los talentos del jóven principe, le dió en 1570 el mando de un ejército que se veia obligado á mandar á Granada para contener la rebelion de los moriscos, y con los triunfos que allí alcanzó D. Juan se atrajo las miradas de moros y cristianos.

Al año siguiente lo puso Felipe II á la cabeza de la flota que acababa de armar de acuerdo con el papa Pio V y los venecianos, con el fin de poner término á la insolencia de los turcos, que habian escojido el Mediterráneo para teatro de sus pirateñas. Aquella flota, cuyo general apenas contaba veinte y cinco años, debia dar la célebre batalla de Lepanto, elevando hasta el cielo la reputacion de D. Juan, que se distinguió sucesivamente en Flandes y en la Italia, obteniendo el 31 de diciembre de 1577 su postrer triunfo peleando en las llanuras de Gemblom contra las tropas protestantes de los Países Bajos.

II.

Envidiosos los turcos del poder siempre creciente de la república veneciana, recorrían el Mediterráneo, quemando todos los buques cristianos que podían apresar, y destruyendo, despues de saquearlas, todas las posesiones de la altiva república.

Una flota cristiana que salió del puerto de Alejandria á principios del mes de octubre del año 1571 bogaba con todas las

velas cargadas hacia la isla de Corfú, ó sea la antigua Corcira (1).

Los pabellones de España, de la Santa Sede y de Venecia, enarbolados en la punta de los mástiles, anunciaban que los príncipes cristianos se reunían al fin para castigar á los infieles por sus continuas piraterías.

Aquella flota, compuesta de doscientas diez galeras, veinte y ocho buques de alto bordo, y seis galeotas guarnecidas de artillería gruesa, era la que mandaba D. Juan de Austria.

En torno suyo se agrupaban los hombres mas ilustres de España é Italia, viéndose entre los españoles á Luis de Requesens, presidente del consejo del príncipe; Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, y Juan de Córdoba, notables los tres por el brillo de su nacimiento y por su fama.

Entre los italianos se distinguía en primer término á Sforcia, conde de Santa-Flor; Andrés Doria y Pompeyo Colonna, presentándose en segundo término Pablo Ursino, Gabriel Serbelloni, Vicente Vitelli, y Pablo Sforcia, todos ellos conocidos ya por sus proezas.

Por último, Alejandro Farnesio, Pablo Jordan, de la ilustre casa de los Ursinos, y Francisco María de la Robera acompañaban al sobrino del Papa Pio V, que habia querido entrar en la carrera de las armas al lado de tan distinguidos campeones.

También se hallaba á bordo, confundido con los marineros castellanos, un soldado raso, que despues de sufrir toda clase de tormentos, debia hacer eterno su nombre, y á quien el porvenir le reservaba la gloria, sin preservarle no obstante de los horrores de la miseria. Perdido en medio de aquella turba de grandes señores, altos dignatarios y valerosos guerreros, el oscuro soldado, el jóven, no era otro, niños míos, que Miguel de Cervantes Saavedra, el inmortal autor de *D. Quijote*!

III.

Mientras la flota cristiana surcaba el mar de Crissa, hoy golfo de Lepanto, la de los musulmanes estaba anclada en el mismo golfo, que se parece á un canal magnifico, y cuyo solo nombre moderno rivaliza en belleza y armonía con los antiguos nombres de la Grecia.

Desde la cima de las montañas, al pié de las cuales está edificada Corinto, podia ver el esclavo griego los buques de sus amos; pero sumergido en la tristeza y el abatimiento no admi-

(1) También fué conocida en la antigüedad con los nombres de *Macria*, *Scheria*, *Ephisa*, *Cassiopea*, *Ceraunia*, *Drépano* y aun *Argos*.

raba las vastas llanuras que desde las murallas se extienden hasta el mar; ni los cipreses, morales y naranjos que embalsaman la campiña; ni las vides cuyas cepas formaban á la sazón lindos festones de morados racimos, que constituyen la riqueza de Corinto; ni aquel cielo que presta tanta animación á la fértil llanura, sembrada de risueños caseríos medio ocultos en un bosque de frondosos y odoríferos arbolillos. Qué importa todo eso al esclavo?... En balde al otro lado de ese mar, donde se mecen los buques osmanlis, se extiende su vista desde la ciudadela de Atenas al cabo de Calonna: en vano descubre al Norte y al Levante, por la una parte el monte Oneyo, cubierto de mirtos, y las poéticas cimas del Parnaso y de Helicon, mientras que por la otra divisa al Mediodía y al Poniente las montañas de la Argólida y de la Syconia que forman el paisaje mas bello del universo... Griego degenerado, olvida que su patria es hermosa todavía, como ha olvidado los nombres de Micala y Marathon, de Salamina y Platea!... Embrutecido con la esclavitud, no despertará sino algunos siglos mas tarde; pero á lo menos verá humillar en Lepanto á sus feroces opresores; antes que en Navarino le devuelva la libertad el postrero combate. Otro día, amables niños, os hablaremos de esta gran batalla dada en nuestros días.

IV.

Los buques de Selim II, que parecia se hallaban adormidos sobre las tranquilas aguas del golfo, despiertan repentinamente, y la agitación reina á bordo de toda la escuadra. Recogidas las anclas, izanse las velas, y dividiéndose la flota se pone en movimiento.

Ali-Pachá que la mandaba, acababa de saber que D. Juan, habiendo ya doblado la isla de Cephelonia, marchaba á su encuentro, y aunque el jefe musulman tenia en tan mala opinion á la escuadra cristiana que no podia creerse aventurase á embestirle, aparejó para salir á recibirla; pero sobrevino la noche, y ancló en Galengo, mientras D. Juan lo hacia entre Pelata y las islas Cursolarias.

En la madrugada del día siguiente, era el 7 de octubre, las dos escuadras aparejaron de nuevo, y navegando la una hacia la otra sin saberlo, al romper el día se dieron vista, no lejos del promontorio de Actium, paraje en que Antonio y Augusto disputaron en otro tiempo el imperio del mundo.

Luego que D. Juan divisó al enemigo, reunió su consejo, que casi por unanimidad fué de parecer que se debia evitar la batalla; pero el príncipe queria que se trabase al instante. Tenia

á su bordo un astrólogo famoso, llamado Maurolico, y ora por que creyese en la astrología, no obstante la superioridad de su talento, ora porque, y esto es lo mas probable, quisiera atraerse á sus consejeros obteniendo favorable respuesta, lo cierto es que consultó á Maurolico, el cual le predijo alcanzaria una victoria señalada, desde cuyo momento se decidió dar la batalla.

Don Juan dividió sus fuerzas en cuatro cuerpos, poniendo á Andrés Doria al frente del ala derecha, que se componia de cincuenta y cuatro galeras; Agustin Barbarigo, con igual número de buques, se hallaba á la cabeza del ala izquierda; el hijo de Carlos V dirigió el cuerpo de batalla, fuerte de sesenta y un navíos; y sesenta velas, á las órdenes del marqués de Santa Cruz, formaban el cuerpo de reserva.

Apenas se habian tomado estas disposiciones, cuando la escuadra otomana, que constaba de doscientas galeras y cerca de setenta fragatas ó bergantines, despues de doblar las islas Corcularias, se presentó casi en el mismo orden de batalla, y sin mas diferencia que no tener reserva. Por lo demás, encorvada su línea en forma de media luna, segun costumbre entre los turcos, parecia que por su extension debia envolver á los cristianos.

Alí-Pachá mandaba el centro, y á bordo de la capitana se hallaba directamente frontero á D. Juan, mientras Lonchali et Si-roch, que conducian las dos alas, tenian al frente á Doria y Barbarigo.

Luego que los buques enemigos se hallaron á doble distancia de cañon, D. Juan dió la señal del combate, haciendo enarbolarse el estandarte de Cristo, que fué saludado por las aclamaciones del ejército.

Eran las cinco de la mañana: el sol brillaba con vivo resplandor; el hermoso cielo de la Grecia no se hallaba empañado por la menor nubecilla, y los buques se deslizaban magestuosamente sobre el azulado mar, apenas agitado por un viento fresco y ligero. Favorable á los turcos al principio, empujaba su flota hácia la de los aliados; pero antes que se disparase el primer cañonazo habia cambiado, convirtiéndose en contrario para los musulmanes.

Aquel cambio inesperado fué para los cristianos un favor del cielo, aumentando su confianza.

Al fin las dos escuadras, cayendo la una sobre la otra con todas las velas cargadas, dieron principio á la batalla con un fuego terrible, comunicándose en un instante la simultánea arremetida á toda la línea. Aquel primer choque fué espantoso: rotas las líneas, desaparecieron el orden y la simetria que los dos ejércitos presentaban un momento antes, y situados los buques tan cerca que casi se tocaban las vergas, se cubren con sus fue-

gos rápidos y cruzados: el hierro y el plomo atraviesan sus flancos, rasgan las velas, y rompen los mástiles, los cuales caen con horrible ruido, ahogando por un momento los dolientes ayes de los heridos y los moribundos: el mar se cubre de cadáveres y restos, y para aumentar el horror de aquella vasta escena de carnicería, un humo negro y espeso envuelve á los dos ejércitos, y en medio de las tinieblas que roban la luz al día, turcos y cristianos combaten con un encarnizamiento y un frenesí que solo puede inspirar el odio inveterado de dos religiones contrarias.

Hacia ya tres horas que duraba la lucha con igual ventaja, cuando habiéndose debilitado el fuego, pudo descubrir Barbarigo que el ala izquierda de los musulmanes se hallaba en desórden, y comenzaba á desmayar. El jefe cristiano redobla sus esfuerzos, y embiste á la galera de Siroch: el mahometano se defiende como un héroe; pero cae cubierto de heridas, y algunos minutos despues se va á pique su buque, desastre que pone en consternacion á las galeras que mandaba, las cuales toman la huida, procurando ganar la costa.

En el centro D. Juan estaba empeñado con Ali-Pachá, y hacia mas de tres horas que los dos valientes guerreros luchaban con energía, habilidad y denuedo sin ventaja conocida, cuando redobla el ardor de nuestros compatriotas la noticia de la derrota del ala izquierda enemiga. Animados tambien con la extraordinaria intrepidez de su jefe, disparan al enemigo la última andanada, oyéndose un grito terrible y precursor de la muerte: al abordage! Y la galera que monta Ali-Pachá es invadida por D. Juan á la cabeza de sus valerosos soldados y en compañía de Venieri y Colonna. Entonces se traba un combate de gigantes en aquel punto estrecho y sangriento, y en vano resisten los infieles, pues son rechazados hasta el castillo de popa, donde se defienden como leones. Pero el bravo Ali cae acribillado á balazos y cuchilladas, y apresada la galera es derribado el estandarte de la media luna, izándose el de Cristo en el mástil de mesana.

Luego que fué visto, un grito de victoria resonó por toda la escuadra.

Doria, tan feliz como su general, acababa de derrotar completamente el ala derecha enemiga, cuyos restos huian desconcertados.

Desde aquel momento no fué un combate sino una horrible carnicería, pues desanimados los osmanlis, y sin combatir ya, porque se lo impedian sus ideas sobre el fatalismo, se dejaban degollar sin defenderse.

En esta sangrienta y memorable batalla perdieron treinta mil hombres muertos y cinco mil prisioneros, entre los cuales se hallaban los dos hijos de Ali.

Ciento treinta galeras cayeron en poder de los cristianos, y

noventa y siete fueron quemadas, echadas á pique ó se estrellaron en la costa. El botín fué de consideracion, y veinte mil esclavos cristianos recobraron su libertad.

Los aliados solo perdieron ocho mil hombres; mas tuvieron que deplorar la muerte de Barbarigo, general ilustre, que herido de una flecha en el ojo cuando acababa de romper el ala izquierda turca, sucumbió en medio de su triunfo.

El jóven Cervantes, que habia combatido con valor, perdió la mano izquierda.

Desde las cinco de la mañana que, como hemos dicho ya, empezó la batalla, duró hasta la tarde, y habiéndose alborotado la mar, tuvieron los vencedores que acogerse á los puertos mas cercanos. Desde ellos se despacharon correos á todos los príncipes de la cristiandad para noticiarles tan señalada victoria, que hizo temblar á los musulmanes hasta en Constantinopla.

D. Juan quería caer sin tardanza sobre esta ciudad, porque opinaba con razon que consternados los turcos y gobernados por Selim II, hombre imbécil, tendrían que sucumbir. Si su Consejo, á pesar de cuyo dictamen contrario dió la batalla, no se hubiese opuesto al proyecto de D. Juan, acaso hubiera este librado á la Grecia del yugo y el hierro de los osmanlis.

Siete años despues, el 7 de octubre de 1578, aniversario de la batalla de Lepanto, D. Juan de Austria, que apenas contaba treinta y tres años, acometido de repente de violentas convulsiones, espiraba en Bourges cerca de Namur.

La muerte prematura de este ilustre príncipe, y las circunstancias que la acompañaron, hicieron creer por mucho tiempo que lo habia envenenado Felipe II, envidioso de su gloria. Pero como semejantes conjeturas, queridos niños, no se apoyan en pruebas, y por otra parte, hayan sido desmentidas, debemos rechazar con horror la sospecha de tan grave crimen, siquiera porque el mismo á quien se atribuye era hermano de la víctima.

HISTORIA SAGRADA.

LOS REYES.

VIDA DE SAMUEL.

I.

NACIMIENTO DE SAMUEL.

HABIA un hombre en la ciudad de Ramatha, cerca de los montes de Efrhaim, que se llamaba Elcana. Muchas veces en com-

pañía de sus dos mujeres Ana y Phenenna, se dirigía á Silo para adorar al Señor en los dias solemnes. Phenenna, que tenia hijos, procuraba humillar á Ana por no tenerlos. La pobre mujer lloraba entonces y se afligia en extremo; mas un dia imploró al Señor diciéndole:

—«Ohr! Dios de los ejércitos, si os dignais contemplar el dolor que me oprime, y os acordais de mí concediéndome un hijo varon, lo consagraré á vuestro servicio por toda la vida.»

Como Ana permaneciese mucho tiempo en oracion, el gran sacerdote Heli que estaba sentado en su silla delante de la puerta delante del Señor, viendo que solo movia los labios sin que su boca pronunciase una palabra, creyó que habia bebido, condescuso.

La pobre infortunada le explicó entonces la causa de su desesperacion, y el voto que habia hecho al Señor.

—«Id en paz, le dijo, y que Dios os conceda lo que le habeis pedido.»

Algun tiempo despues dió á luz un hijo, á quien puso por nombre Samuel, es decir, Dios me ha oído.

Lo crió ella misma, y cuando lo destetó, previniendo tres terneras, tres almudes de harina, y un vaso lleno de vino, condujo el niño á Silo, presentándole en el templo del Señor al gran sacerdote Heli, á quien dijo:

—«Yo soy la mujer que visteis aquí rogando al Señor; le suplicaba me diese un hijo, y me ha concedido lo que le pedia. Por esto le he consagrado mi hijo, y os lo entrego á fin de que pertenezca al Señor toda su vida.»

Samuel ayudaba al sacerdote en las ceremonias, vestido con una túnica que le habia hecho su madre.

El Señor, para recompensar el sacrificio que Ana habia hecho separándose de su hijo, le concedió otros cuantos.

Heli era muy viejo, y sus hijos, abusando de la debilidad de su carácter, efecto de la edad, se conducian muy mal, y causaban gran escándalo.

Los reprendió; pero no hicieron caso, y entonces el Señor resolvió castigar á aquella familia que infringia sus leyes.

Samuel servia á Dios en el templo y á presencia de Heli. Los ojos del sacerdote se habian oscurecido, y no podia ver. Un dia estaba acostado en el lugar de costumbre, mientras Samuel dormia en el templo cerca del arca, antes que la lámpara que ardía se apagase.

El Señor llamó á Samuel. El mancebo respondió: «aquí estoy», y corrió hácia Heli.

—«Que quereis?» le preguntó:

—«Yo no te he llamado, vuélvete y duerme.»

Dios llamó otras dos veces á Samuel, que no sabiendo de

donde salía aquella voz, siempre creía que Heli lo llamaba. Al fin conoció el sacerdote que el Señor quería hablar al manco.

—«Si te llaman otra vez, le dijo, responde estas palabras: «hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha.» Samuel se volvió á su lecho, y se quedó medio dormido; pero á poco despertó á la voz de Dios, que le gritaba: «Samuel! Samuel!» y respondió lo que le había dicho el sacerdote.

Entonces le dijo el Señor: —«Voy á hacer en Israel una cosa que nadie podrá oír sin profunda admiración.»

«Voy á castigar á la familia del gran sacerdote Heli, porque sabiendo que sus hijos se conducían de un modo indigno, no los ha castigado.»

A la mañana siguiente Heli preguntó á Samuel lo que el Señor le había dicho, y despues de dudar mucho tiempo, el hijo de Ana le refirió las palabras de Dios.

—«Puesto que es el Señor, respondió el gran sacerdote, que haga lo que crea agradable á sus ojos.»

Samuel crecía en edad, y el Señor lo animaba con su espíritu, haciéndolo su profeta.

MUERTE DE HELI.—IDOLU DE DAGÓN.

Por el mismo tiempo los philisteos se reunieron para hacer la guerra, y adelantándose hasta Apheh, ordenaron sus tropas para combatir á Israel.

Los hebreos fueron derrotados, haciendo los philisteos una gran carnicería.

Quando el pueblo volvió al campamento, los ancianos de Israel dijeron: «Por qué el Señor nos ha castigado hoy por mano de los philisteos? Traigamos el arca de la alianza que está en Silo: ella nos protegerá contra nuestros enemigos.»

Enviaron por el arca del Señor, y la condujeron entre otros los hijos de Heli, Ophini y Phineas.

Al verla el pueblo de Israel, lanzó un grito que resonó á larga distancia.

Quando los philisteos supieron la causa de aquel ruido, tuvieron miedo.

—«Dios está entre ellos, dijeron; desgraciados de nosotros, porque su presencia les anima alborozándolos! Desgraciados de nosotros! su Dios es poderoso, y es el mismo que afligió á Egipto con tantas plagas.»

Despues, recobrando el valor, añadían:

—«Portémonos como hombres valientes; no seamos esclavos de los hebreos como ellos lo son de nosotros. Tengamos valor, y combatamos con denuedo.»

En seguida dieron la batalla, y derrotado el ejército de los hebreos, dejó treinta mil hombres en el campo. Los vencedores se apoderaron del arca de la alianza, y los dos hijos de Heli murieron en la pelea.

El mismo día, un hombre de la tribu de Benjamin que se había librado de la muerte, llegó corriendo á Silo. Sus vestidos rotos, manchados de sangre y de lodo, y su cabeza cubierta de polvo anunciaban los peligros que había arrostrado y las fatigas que había sufrido.

Cuando el pueblo supo lo que había pasado, prorumpió en lamentos y gritos de dolor.

Heli, sentado en su silla, estaba lleno de temor por la suerte del arca.

El mensajero de la tribu de Benjamin se presentó á él; pero sus ojos debilitados y su vista cansada no le permitieron verle.

—«Me he escapado del combate para venir aquí,» dijo aquel hombre.

—«Y qué ha sucedido?» preguntó Heli.

—«Israel ha huido en presencia de los filisteos; el arca de Dios ha caído en poder de estos, el pueblo ha sido derrotado, y vuestros dos hijos han muerto peleando.»

Apenas pronunció el desconocido el nombre del arca de Dios, Heli cayó de la silla, se abrió la cabeza, y murió.

Era muy viejo, y había juzgado á Israel por espacio de cuarenta años.

La mujer de Phineas, al saber la muerte de su marido, murió al dar á luz un hijo á quien pusieron Ikabod, es decir: donde está la gloria? porque había dicho la madre que Israel había perdido su gloria dejándose arrebatarse el arca.

Los filisteos después del combate condujeron á Azot el arca de la alianza, y la colocaron en el templo de Dagon, que era el Dios que adoraban.

Al día siguiente, al entrar los filisteos en el templo, vieron al ídolo con el rostro pegado al suelo delante del arca.

Lo pusieron en su lugar, y al día siguiente volvieron á encontrar en tierra á Dagon, pero con la cabeza y los brazos rotos.

La mano del Señor cayó sobre los habitantes de Azot, y los redujo al estado mas deplorable. Llagas horribles cubrieron sus cuerpos, y una multitud de ratas asoló los campos.

Viendo esto, los de Azot no quisieron conservar el arca por mas tiempo, y la condujeron de poblacion en poblacion. Pero el Señor cargaba la mano en cualquier pais donde iba á parar, y lo afligia con males espantosos.

Al cabo de siete meses que duró esto, los philisteos dijeron á sus sacerdotes y á sus adivinos.

— «¿Qué haremos con el arca del Señor? decidnos cómo debemos enviarla al sitio en que se hallaba?»

— «No la enviéis sin pompa, respondieron; hacedle los debidos honores en expiacion de vuestro pecado, y entonces sanaréis.

Pusieron el arca en un carro nuevo tirado por dos bueyes, y colocaron á su alrededor vasos y figuras de oro.

En el momento en que pasaba por las tierras de los Besamithas, estos, que segaban á la sazón en un valle, alzaron los ojos, y experimentaron al verla grande alegría.

Cuando el arca llegó al campo de Josué Bensamitha, cortaron el carro, y cogiendo los bueyes los ofrecieron en holocausto al Señor.

Pero Dios los castigó de muerte porque miraron el arca.

Entonces noticiaron á los habitantes de Cariath-Yarim que los philisteos habían abandonado el arca. Fueron á buscarla, y la colocaron en Gabaa en casa de Abinadab, quien consagró á su hijo Eleazar para que custodiase el arca del Señor.

HISTORIA NATURAL.



EL CIERVO.—PLACER DE LA CAZA.

VEN aquí uno de esos animales inocentes, tranquilos y pacíficos, propios únicamente para embellecer y animar la soledad de los bosques, ocupando lejos de nosotros los albergues de esos jardines de la naturaleza. Su forma elegante y ligera; su

talla tan exbelta como bien proporcionada; sus miembros flexibles y nerviosos; su cabeza adornada mas bien que armada de un bosque ambulante, y que como la cima de los árboles se renueva todos los años; su corpulencia, su ligereza y su fuerza lo distinguen de los demás habitantes de los bosques; y como es el mas noble de ellos, solo sirve de diversion á los hombres mas nobles, habiendo sido en todos tiempos el encanto de los héroes. El ejercicio de la caza debió suceder á las fatigas de la guerra, y aun precederlas, porque el manejo del caballo y de las armas es comun al cazador y al guerrero. La costumbre de moverse y trabajar; la destreza y la ligereza del cuerpo, tan necesarias para mantener y aun para secundar el valor, pertenecen á la caza y á la guerra: es la escuela agradable de un arte por desgracia tristemente necesario, es la sola diversion que distrae de los negocios, el único descanso sin molicie, el solo que proporciona un placer vivo sin languidez, y sin que llegue á fastidiar. Algunas veces tenemos necesidad de la soledad, ¿y qué soledad mas variada, mas animada que la de la caza? ¿Qué ejercicio mas sano para el cuerpo? ¿Qué reposo mas agradable para el espíritu?



LOS CONEJOS.

Pocos paises hay en el mundo en donde haya mas conejos que en España, siendo tan prodigiosa la fecundidad de estos animales, que la tierra no bastaría á producir lo suficiente para su manutencion sino se les cazase con redes, perros, y escopetas. Destruyen los conejos las yerbas, las raices, los granos, las frutas, las legumbres, los arbustos, y hasta acometen á los ár-

boles mas corpulentos royendo las cortezas, escarbando la tierra para comerse las raíces y los retoños. Sin la frecuente caza que se les da, los habitantes de los campos tendrian que abandonarlos. Es el conejo el cuadrúpedo que mas se multiplica y reproduce mas á menudo y en mayor número. Tiene una asombrosa facilidad para evadirse de sus enemigos, ocultándose á la vista del cazador. Las gazaperas ú hondos agujeros que abre en la tierra le ponen á cubierto de la persecucion de las zorras y aves de rapiña, y le permiten vivir con su familia en la mas completa seguridad. Tímido en extremo se oculta en el fondo de su madriguera al mas leve ruido. Si se ve sorprendido por los perros en medio del campo, vuela, revuelve, se desliza, hace mil regates, y se oculta entre las yerbas y matorrales, cambia de direccion, y por medio de frecuentes saltos les hace perder su huella, y cuando ya se ve muy acosado dá una carrera, y se mete en su madriguera que siempre tiene diferentes bocas, dejando burlados á los perros y cazadores.

El conejo vive ocho ó nueve años. Las hembras paren ordinariamente cada vez ocho ó diez gazapos. Los dos primeros dias despues de su nacimiento no los dejan apenas, y hasta las cuatro ó cinco semanas que ya son grandecitos no los dejan salir de la madriguera. Es muy delicada la carne de los gazapitos; la de los conejos es dura y seca. Hay ciertas temporadas del año en que está vedada su caza, porque á pesar de su abundancia se concluiría su casta; tanto es el número de cazadores para mantenerse unos, otros para divertirse.

DE LA PESCA DE LAS PERLAS.

Veis, amables niñas, esas perlas que adornan vuestros cuellos? Pues vamos á contaros de dónde vienen. Se encuentran las perlas en diferentes especies de conchas, de las que unas pertenecen á las ostras, y otras á las almejas. Ordinariamente cada concha tiene mas de una perla, y aún algunas veces una sola contiene tantas, que es imposible que el animal que está encerrado dentro pueda vivir. Pero entre todas las perlas que se hallan encerradas en la misma ostra, ordinariamente no hay mas que una que sea de un tamaño y hermosura notable, y por esta razon mas estimada. Las perlas se encuentran en todas las partes carnosas del animal.

Créese que las perlas se engendran en estos animales por una enfermedad, semejante á la de la piedra en el hombre y en otros mamíferos. El hombre, para satisfacer sus gustos, su lujo, y muchas veces sus mas frívolos caprichos, se adorna con las perlas, y á pesar de todo es preciso confesar que en esto se conoce muy

bien su maravilloso instinto. Pero por qué ha de costar tantas fatigas á los pobres pescadores la adquisicion de un objeto de tanto lujo?

Las ostras y las almejas que contienen la perla se encuentran en todos los mares del universo, y aun en algunos rios de Sajonia. Las perleras, es decir, las que se hallan en los animales mas enfermizos y delicados, se pescan en los mares del Asia, y principalmente en el golfo Pérsico, y tanto por ser mayores que las demás, como porque son mas brillantes y mas bellas, se llaman perlas orientales, y se adquieren á precio mas subido.

Como estas ostras se encuentran en lo profundo del mar, y estan fuertemente incrustadas en las rocas submarinas, sin cambiar nunca de sitio, la pesca es ruda y peligrosa; pero acostumbrados los buzos desde su infancia á permanecer algunos instantes en el fondo del agua sin respirar, algunos subsisten así privados de aire hasta un cuarto de hora.

En el golfo Pérsico solo se pescan dos veces al año las ostras perleras, en la primavera y en el otoño, porque son las dos estaciones en que la enfermedad causa mas destrozo. Entonces se reunen centenares y aun algunas veces millares de canoas de pescadores, en cada una de las cuales hay uno ó dos buzos. Ancladas las barcas en los sitios donde se sabe hay rocas submarinas, y donde el agua tiene doce varas de profundidad, el buzo se ata al cuerpo una gran piedra y otra al pié, á fin de descender mas pronto al fondo del mar, y no ser arrastrado por la corriente. Una cuerda gruesa y fuerte, enrollada al rededor de su cuerpo, y atada á la canoa por la otra punta, sirve para subirlo cuando quiere tomar aliento.

Ya en el fondo, arranca todas las ostras perleras que descubre, porque distingue con mucha facilidad los objetos que se hallan debajo del agua, y coloca el producto de su pesca en una red atada alrededor del pescuezo. Luego que el pescador llena la red, ó no puede respirar, mueve la cuerda, se agarra á ella con las dos manos, y los que se hallan en la barca, le suben al momento. Muchas veces saca hasta quinientas ostras, pero en algunas ocasiones no llegan á cincuenta.

El agua de aquellas regiones por lo regular es muy clara, y esto permite á los pescadores distinguir todos los objetos que le rodean. Así es que cuando divisa algun pez carnívoro, un tiburón por ejemplo, agita el agua para no ser visto; pero á pesar de esta precaucion, muchos buzos son devorados, y otros suben con una pierna ó un brazo menos.

Quando un buzo encuentra mas almejas que las que puede llevar de una vez, las reúne en un monton, sube para respirar, y baja en seguida en busca de su tesoro; pero algunas veces ha desaparecido, porque tambien hay ladrones en el fondo de los

mares. Como las barcas están tan juntas, sucede con frecuencia que los buzos se encuentran en el fondo del agua, soliendo andar á cachetes cuando uno quiere quitar á otro su monton.

Como los habitantes de esas regiones se habitan desde la infancia á sumergirse y á retener la respiracion, adquieren gran habilidad en su ejercicio, y segun ella así son recompensados. No obstante, es tan penoso este trabajo, que solo se sumergen siete veces al dia, y algunos que quieren pescar mas que sus vecinos, se olvidan de respirar, y se ahogan en el fondo del agua, ó vuelven arriba arrojando sangre por boca, ojos, nariz y oidos.

Solo se puede pescar la ostra perlera antes de medio dia, de suerte que cuando el medio dia se acerca, todos los barquichuelos se dirijen hácia la orilla, y los pescadores abren entonces muchos hoyos cuadrados de bastante profundidad. Con la tierra que de ellos sacan forman alrededor de los hoyos pequeñas colinas, y en ellas colocan las almejas recogidas. Como este animal solo puede vivir en el agua, perece inmediatamente, se abre la concha para no volver á cerrarse, y al momento empieza la descomposicion. Luego que se ha corrompido toda la carne, la perla se desprende de la almeja, y rueda al foso abierto á sus pies, teniendo cuidado los pescadores de quitarle la arena, y cualquiera otra suciedad que pueda cubrirla. En seguida las escojen, las casan segun su tamaño, y las ponen en venta.

Las perlas tienen la ventaja de que no hay necesidad de pulirlas, porque desde luego son bellas y esplendentes.

EL DOLOR DE UNA MADRE EN LA MUERTE DE SU HIJO.

¿QUIÉN eres tú, mujer desconsolada,
Que el aire llenas de mortal gemido,
Y con rostro lloroso y afligido
Muéstraste en tu dolor desesperada?...

Pegada al polvo la angustiosa frente,
En lágrimas bañada la mejilla,
Orando está, postrada humildemente,
Al Santo de los Santos sin mancilla.

Es una madre! que al Empíreo cielo
Pide anhelante, y en dolor sumida,
Salud para su hijo pequeñuelo
Que vé casi morir extremecida.

Al pié del ara santa, solitaria,
Y ante la Cruz, consuelo del que llora,
Eleva melancólica plegaria,

Al alto cielo, y su piedad implora.
 Su mustia sien, su trenza descuidada,
 Su amargo llanto y súplica doliente,
 Revelan el pesar que acongojada
 Con intenso penar el alma siente.
 Pálida, convulsiva, delirante,
 El fruto de su amor, niño querido,
 Estrecha contra el seno palpitante,
 Y así le dice en lúgubre quejido.
 «Como la flor que agosta ardiente estío,
 «Estas en mi regazo marchitada;
 «Perdida la color, el rostro frío,
 «Y tu pupila inerte y sin mirada.
 «Ayer, dulce embeleso de mi alma,
 «El mundo contemplaba tu alegría,
 «Hoy en horrible y espantosa calma
 «Destruye tu vigor lenta agonía.
 «Cándido, cual las perlas de Basora,
 «Mas bello que el albor de la mañana,
 «Consuelo de una madre que te adora,
 «Que con sus besos te arrullaba ufana,
 «Torna á mí tu mirar, ¡dulce amor mío!
 «Que es para mí precisa tu existencia,
 «Como para las flores el rocío,
 «Y como para un ángel la inocencia.
 «Sin tí, sostén de mi penosa vida,
 «Tu pobre madre morirá aislada;
 «Que para un alma de aflicción henchida,
 «Este mundo es el caos... es la nada...
 «¿Qué has hecho tú, ternísimo capullo,
 «Para que tu corola rompa el viento?...
 «¿Por qué tu cáliz, del pensil orgullo,
 «Marchito está, sin vida y movimiento?...
 «Tus labios, que la púrpura envidiaba,
 «Secos están, sin vida y sin sonrisa,
 «Que como el fuego de candente lava
 «La fiebre los calcina. ¡Oh Dios, sumisa
 «Yo adoro tu designio misterioso,
 «Y tu inmenso poder que el mundo rige.
 «Mas ¡Oh Señor!... mitiga bondadoso
 «La acerba pena que á esta madre aflige.
 «¡Piedad!... ¡Dios de Israel omnipotente!
 «Que das oído al sordo, y vista al ciego,
 «Salva á mi hijo; y en mí bien elemente,
 «Propicio acoge mi angustioso ruego!!!
 Dice: y esta plegaria lastimera
 Propicio lleva protector Querube,
 Y atravesando la celeste esfera
 Al trono excelso del Señor la sube.